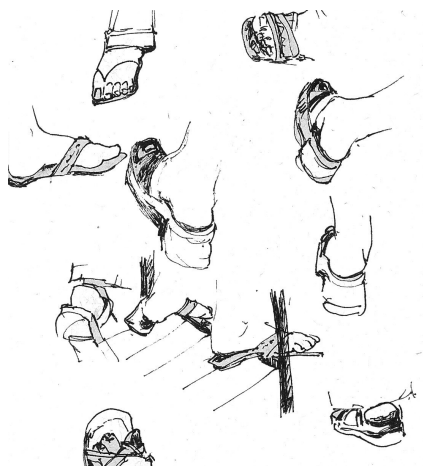


Organizadora

Elisa Amorim

**Taller
de
escritura**

Belo Horizonte

FALE/UFMG

2007

O textos deste caderno constituem uma antologia elaborada pelos integrantes do curso *Tópicos en español: taller de escritura*, realizado na FALE/UFMG no segundo semestre de 2006 e ministrado pela prof. Elisa Amorim.

Diretor da Faculdade de Letras

Prof. Jacyntho José Lins Brandão

Vice-Diretor

Prof. Wander Emediato de Souza

Comissão Editorial

Eliana Lourenço de Lima Reis

Elisa Amorim Vieira

Lucia Castello Branco

Maria Cândida Trindade Costa de Seabra

Maria Inês de Almeida

Editoração de texto e formatação

Júnia Kelle

Revisão de provas

Sara Alves Stradioto

Aranzazu Afonso

Ilustração

Josiane Souza

Capa e projeto gráfico

Mangá – Ilustração e Design Gráfico

Endereço para correspondência:

FALE/UFMG – Publicações Viva Voz

Av. Antônio Carlos, 6627 – sala 3006

31270-901 – Belo Horizonte – MG

Tel: (31) 3499-5158

e-mail: vivavozufmg@yahoo.com.br

Sumário

Presentación . 5

Elisa Amorim

La lata . 7

Patrícia Mc Quade

El centro . 9

Ana Lucia de Azevedo Pinto

Las culebras . 10

Josiane de Fátima

Otra vez . 12

Ana Lucia de Azevedo

Él y yo . 14

Ana Lucia de Azevedo

Muy despacio . 15

Claudete Cunha

Hora pico . 16

Ana Lucia de Azevedo

Domingo . 17

Claudete Cunha

Limpieza revueta . 19

Josiane de Fátima

Viaje solitario . 21

Jader Rodrigues

Las vacaciones . 22

Margarida Amaral

Los cuates . 24

Ana Lucia de Azevedo

Foto . 26

Ana Lucia de Azevedo

Instrucciones para dormir bien . 28

Margarida Amaral

Instrucciones para despertarse temprano . 29

Patrícia Mc Quade

El trabajo y el tiempo . 31

Simone Ferreira

Mi último viaje . 33

Jader Rodrigues

La ascensión de Cristo . 34

Douglas Castro

Encuentros . 35

Maria Carmen de Oliveira

Em el autobús . 37

Ana Lucia de Azevedo

La máquina del tiempo . 38

Jader Rodrigues

El empollar . 41

Josiane de Fátima

El científico . 43

Ana Lucia de Azevedo

El peso de la obra . 45

Josiane de Fátima

Presentación

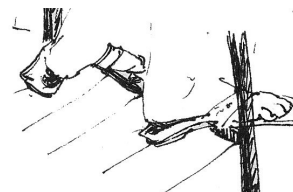
Elisa Amorim Vieira

Experimentar distintos puntos de vista, capturar imágenes del cotidiano, observar el de al lado, la pasante, lo efímero, lo de siempre, crear personajes, jugar con palabras e ideas, en fin, desafiarse a sí mismo en lengua extranjera... En el proceso de adquisición del español, un grupo de estudiantes de la Facultad de Letras de la UFMG se propuso a reflexionar sobre el proceso de escritura, analizando desde los aspectos formales de la lengua y sus posibilidades hasta las estrategias de composición en diferentes géneros textuales. Para eso, leyeron y comentaron textos de diversos autores, estudiaron aspectos específicos de la estructura de la lengua, aceptaron el reto de escribir a partir de propuestas inusitadas, de oír comentarios, críticas y sugerencias de la profesora y de los compañeros de clase y, especialmente, practicaron el ejercicio de la reflexión crítica sobre su propia escritura y sobre la de los demás.

Los relatos que siguen son una antología elaborada por los integrantes del curso *Tópicos en español: taller de escritura*, realizado en el segundo semestre de 2006. En la selección de estas narrativas, fueron observados, entre otros aspectos, la eficacia en el uso de los procesos de composición; la unidad del texto; la relación dinámica y equilibrada entre sus elementos; el uso de las estructuras de la lengua española; la variedad léxica, etc.

Los textos están organizados en grupos temáticos que se presentan de la siguiente forma: descripciones y relatos de escenas urbanas en textos como *La lata*, de Patrícia Mc Quade; *El centro*, de Ana Lucia de Azevedo Pinto y *Las culebras*, de Josiane de Souza; explicación de la invención de un objeto insólito o una inusitada experimentación científica como *La máquina del tiempo*, de Jader Rodrigues da Silva; *El*

peso de la obra, de Josiane de Souza y *El científico*, de Ana Lucia de Azevedo Pinto; reflexiones de un conductor de autobús urbano en su último viaje como en *El centro*, de Maria Carmen de Oliveira; *La ascensión de Cristo*, de Douglas Castro; *El trabajo y el tiempo*, de Simone Ferreira da Silva y *Mi último viaje*, de Jader Rodrigues da Silva; relatos originados de fotografías como *Las vacaciones*, de Margarida Amaral y *Los cuates*, de Ana Lucia de Azevedo; textos basados en la lectura de *Historias de Cronopios y de Famas*, de Julio Cortázar, como *Instrucciones para despertarse temprano*, de Patrícia Mc Quade, e *Instrucciones para dormir*, de Margarida Amaral; además de narraciones de escenas del cotidiano observadas desde un punto de vista no convencional como *Limpieza revuelta*, de Josiane de Souza, o evocaciones de escenarios lejanos como *Domingo*, de Claudete Cunha.



La lata

Patrícia Mc Quade

Se sentían comprimidos, avergonzados, condensados, apretados, oprimidos, sintetizados, humillados, amasados.

Los rostros derrotados eran más que cansados. Y pagaban por eso. Todo el peso del mundo ejercía presión por todos los lados. Perfecto simulacro de una lata de sardinas. Necesitaban pagar por eso. Humanos desafiando la física. ¿Cómo dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio? Y pagaban caro por eso.

Los ciudadanos dentro de la lata sobre ruedas sudaban. Termómetros acusaban: el día más caluroso del verano. Pocos sentados. La mayoría de pie. Todos temblando juntamente con el motor que roncaba. Aquella lata cantaba de manera insoportable. ¿Por qué Dios creó nuestros oídos? Y las personas pagaban por eso.

Gente acostada en las ventanas abiertas aprovechando el alivio del viento horno. Los otros apilados, de brazos alzados, sosteniendo en equilibrio los cuerpos unos de los otros. La total colectividad individual, con dificultad de respirar, agonizaba y pagaba por aquel aire que olía a día de trabajo y de competitividad por empleo, por dinero, por status, por oportunidad y, ahora, por espacio. Y pagaban por lo no-merecido.

Fuera de la lata empezaba una lluvia mansa que al toque con el asfalto incandescente producía un bochorno aún más insoportable que el calor del sol. El bochorno quería también el espacio de la lata, que ya poseía el calor de su motor y el sudor de los cuerpos, y entró sin pagar por eso transformando la lata en una olla a presión. Y el cocido humano pagaba siempre por eso.

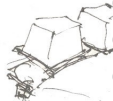
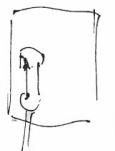
La velocidad oscilaba en sucedidas paradas para que los sujetos ya compactados bajaran y otros embarcaran. La

lata cada vez más cargada y lenta, con la pereza de una babosa, se arrastra por las laderas de la ciudad y en frenadas bruscas y arrancadas estúpidas, y en trazado de curvas ondulantes, seguimiento rectilíneo, todo eso como reglas de un juguete de cuerpos que obedecían al ritmo impuesto: para frente, para tras, para la derecha, para la izquierda, ahora lanzamiento oblicuo. Sin orden, al acaso. Los cuerpos obedecían, amontonados y deprimentes. Y pagaban el viaje con dinero roto, sudado, pero siempre pagaban por eso.

El centro

Ana Lucia de Azevedo Pinto

Mientras camino, observo los edificios en el área del Zócalo. En una misma calle paso por una iglesia de la colonia y por un palacete francés porfiriano. En una esquina, me topo con otro palacio, el de los azulejos, construido por un noble español que jamás se imaginó que por sus puertas iban a entrar, a caballo, el revolucionario Pancho Villa y sus secuaces. Dicen que hoy se comen ahí unas exquisitas enchiladas suizas. El color predominante es gris. Son grises las piedras volcánicas y las canteras de que están hechas estas construcciones. Los demás colores se esfuman tras la nata que la polución ha dejado sobre esta enorme capital llena de coches y rodeada de industrias. Me dirijo hacia el centro del Zócalo; este inmenso espacio público lleno de gente, rodeado por el Palacio Nacional, las arcadas de las Secretarías y la imponente Catedral que le ocupa todo un lado. Le doy la vuelta apreciando el incomparable trabajo de cantería barroca. De repente, me deparo con las excavaciones de las ruinas del templo mayor de Tenochtitlán, la capital de los mejicas que yacen bajo el centro político y religioso de los conquistadores españoles. Es con tristeza que pienso: de ahí salieron todas estas piedras.



Las culebras

Josiane de Fátima Souza

Emilio no come sus uñas sólo en momentos de tensión o alegría porque es un adicto. Sus dedos están siempre en la boca y ellas a los cuidados de sus dientes. La voluntad de cortarlas viene, es saciada y vuelve después, así como las uñas crecen de nuevo.

En un día cualquiera, en la ventana de su autobús, masajeando su pelo con sus "cabezas de culebra", que es como les llama su madre a sus dedos, Emilio es sorprendido... Al llevar los dedos a la boca, por su voluntad instantánea, se le ocurre que sus dientes no encuentran ningún pedazo de uña para cortar. Rápidamente Emilio saca el dedo de la boca y, desesperado, ve aquellas cosas desnudas, sin ningún pedacito de uña.

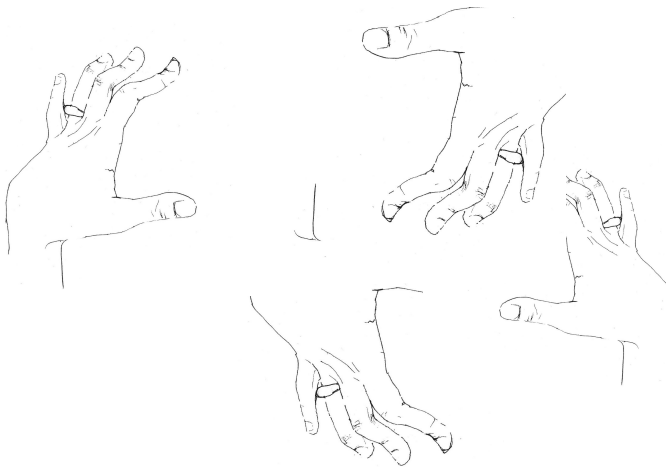
No puede creer. Las puntas de sus dedos son sólo pedazos de carne sin ninguna marca, ni un recuerdo. Completamente loco empieza a girar, desde su lugar, de un lado a otro. En ese girar, una gota de su sudor nervioso cae en el rostro del pasajero a su derecha que lo mira y se acerca. Luego el tipo le aconseja a enjugar con la frente y el verso de sus manos: "ahora da lo mismo...". Al pronunciarlo, el hombre se levanta, da la señal para parar el autobús y se va.

Emilio está completamente solo y trastornado. Vuelve a mirar a sus dedos que había escondido en el bolsillo y la voluntad de roer crece. De repente él mira aquellas terribles carnes sin sustentación y las lanza con violencia a la boca. Empieza a mordisquear toda la extensión de sus dedos, los aprieta con fuerza, buscando algún vestigio de sus uñas pero nada cambia. Entonces, perdidamente perdido, Emilio agarra las cabezas de las culebras y traba una increíble y gran batalla. Después de ahorcarlas, tirarlas de un lado a otro,



Emilio las vuelve a la boca y empieza a chuparlas, succionando su propia sangre...

De esa forma el gusto de la victoria se acerca y las terribles culebras son, al final, vencidas. Fatigado, Emilio siente una presencia dura en la boca y luego quita un pedacito para saciarse; sólo entonces mira a sus dedos y se vanagloria con las uñas que se le volvieron y que son grandes. Victorioso, salta del autobús y vuelve a su casa, degustando su tesoro.



Otra vez

Ana Lucia de Azevedo Pinto

Ya no sale a comer a la cenaduría al lado de la oficina con los otros muchachos. Desde que Sofía murió, le molesta el convivencia con los demás. Durante esos siete meses, el mozo de la cafetería de la esquina le ha traído un emparedado; siempre el mismo. Todos los días, él levanta la tapa de pan y encuentra, luego por encima, la rebanada de jitomate. Innúmeras veces les ha explicado su aversión al jitomate y les ha encargado que no se lo pongan al sándwich. Vano intento. Cada vez que mira, ahí está la rodaja roja con sus semillitas dispuestas en espiral. Con el tiempo se conformó y con la punta de los dedos la retira, aventándola al basurero. Este ritual se repite cinco veces a la semana y él se pregunta si un día las cosas serán diferentes.

Hoy, mientras come y se dedica a recordar las facciones de su novia muerta, juega con la cajita en donde venía el bocadillo. Es una cajita curiosa: blanca con pequeñas espirales rojas; ha de ser el logotipo de la cafetería que se llama "El Caracol". Un papelito se sale de la caja y se cae al suelo. Alcanza a ver una dirección en letras grandes: la conoce, está a dos cuadras de su trabajo. Luego sigue un pequeño texto, el que lee confusamente: "...alivio a tus penas... respuesta a tus preguntas... comunicación con el más allá...".

En la tarde, se encamina a su casa, en donde probablemente le espera otra noche sin dormir. Va distraído, inmerso en sus pensamientos y cuando se da cuenta está parado frente a la dirección impresa en el papel. Sin pensarlo llama. Enseguida abre la puerta un hombre ya mayor, pero de edad indefinida, que sin preguntar su nombre ni a que vino, le dice que lo siga por un pasillo angosto y oscuro y él, sin tener

claro a lo que va, lo sigue hasta una sala pequeña y pobremente amueblada.

Se sientan en una mesa, uno frente al otro, como si cumplieran órdenes. Él se queda callado mientras le dice el viejo: "...ella no está en paz... te necesita... no va a descansar hasta que la perdone su hermana... ten piedad de su pobre alma...". Él le explica que nunca llegó a conocer a Lina, la hermana de Sofía; se habían peleado y no se hablaban desde hacía varios años. La conversación se prolonga, pero el tiempo se detiene; ningún ruido viene de afuera, el universo se concentra en aquella mesa. Y él diciendo que no la conocía, que como se le presentaba, que no le iba a creer, que no sabía donde vivía, pero que... Pero que nada, le cortó enojado el anciano; que el amor que le tenía a Sofía le obligaba a cumplir su último deseo.

Al cabo de mucho o poco rato, no lo sabría decir él, sale siguiendo la voluntad de Sofía. Llega a casa de Lina, llama; es ella quien le abre. Él se sonríe por primera vez en muchos días; se parecen tanto...



Él y yo

Ana Lucia de Azevedo Pinto

Todos los días, durante gran parte del día, nos miramos. Al sentarme frente a él, se establece entre nosotros una comunicación inmediata, llena de la más profunda concentración. Su apariencia no es lo más importante para mí, sino la memoria que compartimos. A la primera vista puede parecer frío y formal, pero luego se da uno cuenta de lo maravilloso y profundo de su cautivante interior. Muchas veces, cuando estamos juntos, no veo el paso de las horas.



Muy despacio

Claudete Cunha
para William

Me gustaría, ahora, coleccionar mariposas muertas, pero sin recurrir a estrategias para matarlas – simplemente esperar, sentada en un jardín, con una sonrisa sincera en el rostro, que las mariposas se me posen en las manos cruzadas en el regazo, y ahí se queden tranquilas hasta morir de vejez.

¡Me gustaría, ahora, abrazarme a un hombre de corazón bueno y acariciarle las espaldas muy despacio hasta que él se durmiera como un niño. Después, oír su respiración e intentar reproducir su ritmo hasta respirar, despierta, como un niño que duerme.

Me gustaría, ahora, mirar por la ventana de ojos cerrados y dedicarme a oír en separado todos los sonidos de la ciudad, por tanto tiempo que se me olvide para qué sirven los ojos...



Hora pico

Ana Lucia de Azevedo Pinto

La primera vez que utilicé el metro en la ciudad de México eran las once de la mañana. Fue un viaje tranquilo y me quedé muy bien impresionada por la eficiencia del sistema.

Pasado unos días, un amigo me invitó a cenar a su casa y decidí tomar nuevamente el metro. Eran la seis y treinta de la tarde, cuando me metí a la estación más cercana. A los pocos minutos, al verme atrapada en una masa de gente, me di cuenta de que me había metido en un lío, pero ya era demasiado tarde. Sería imposible salir otra vez a la calle. Mi única opción era seguir adelante, medio que flotando en la corriente humana. Adentro del tren, los pasajeros estábamos como sardinas en su lata y, a la hora de la salida, sentí que mi zapato tenis se salía de mi pie, prácticamente succionado por la fuerza de la muchedumbre.

Lo más increíble es que me lo encontré afuera.



Domingo

Claudete Cunha

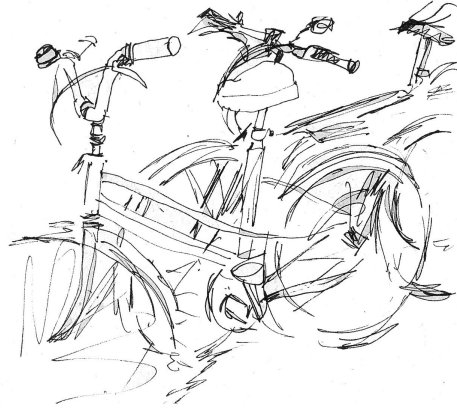
Los domingos son días somnolientos en que uno suele dedicarse a la pereza. Hoy día me parecen aburridos y solitarios. Los ruidos de la ciudad disminuyen y eso crea una sensación de vaguedad, de ausencia. Yo me quedo inútil los domingos – no sé descansar, es como si no me fuera permitido.

Lo peor es que así, sola, con ese silencio, me pongo a recordar otros domingos tan distintos.

Los domingos de mi niñez eran días también somnolientos. Podíamos dormir un poco más porque no había escuela, pero no mucho más, pues la misa era a las ocho. Mi mamá nos obligaba a ir – domingo es día santo, decía siempre.

Después de la misa, las niñas la ayudaban con el almuerzo, mientras mis hermanos y mi papá se quedaban un poco más en la calle, charlando con los compadres sobre las próximas elecciones, sobre el gobierno de Juscelino.

Por la tarde, hasta en el calor agotante de un pueblo del norte de Minas, las personas se arreglaban y salían a hacer visitas. Me acuerdo de las tardes que pasábamos jugando con los primos mientras los adultos conversaban sobre asuntos más serios, como la vida de los “grandes” de la ciudad. En ese tiempo estaba permitido descansar, era obligatorio – el domingo era día santo. Siento ahora la misma languidez en el



cuerpo, como en las tardes en que yo me sentaba con mis amigas hablando tonterías, apuntando horizontes más contentos.

En la casa tan vacía, me hacen falta los ruidos. Pongo la tele.

Limpieza revuelta

Josiane de Fátima Souza

Esa casa está silenciosamente vacía. Todos fueron a la casa de Doña Consuelo, madre de mi patrona, y me quedé sola. En verdad no completamente sola ya que la pareja de pájaros, aunque muda, sigue encerrada en la jaula de la cocina.

Todo está muy limpio, ordenadito, pero algo pasa; cada objeto oscila, como si a cualquier momento manos salidas de mí fueran a desordenarlos. Todo está poblado de ese olor, que penetra en mí y que me sale. Estoy mareada...

Me llevan a la cocina mis piernas. Hay dos camisas colgadas en el tendedero, aquellas camisas blancas que ayer lavé en mi rutina de trabajo. Me quedo fijándolas pero mis ojos parecen que se mueren. Están sucias, inmundas, oscuras y por eso impiden mi visión. Voy con ellas al lavadero.



El grifo escurre, el agua cae y el sonido de su llenar rige mi desespero. Mis manos temblorosas ahogan despacio la pareja blanca, mientras el agua las come y las ablanda. Las miro descendiendo como dos cuerpos indefensos. Cuando tocan en el hondo, las levanto juntas, como si cogiera a un ahogado por el cuello; las ahogo en seguida, con fuerza, haciendo volar agua por todos los lados. Empiezo, entonces, a fregarlas, con todo el furor de mi cuerpo mientras mi vientre también friega violentamente contra el lavadero.

Estoy así, envuelta en mi trabajo, cuando me atacan, de pronto, los pájaros, que empiezan a gritar desesperadamente, desde la cocina, como si fueran ellos los que yo estrangulaba. Al oírlos, quizá por la vez primera, interrumpo mi masacre y ellos, al mismo tiempo, se callan. Desgraciadamente satisfecha, vuelvo al diálogo y empiezo a cepillarlas más y más, arrancando la gritaría de los pájaros. La orquesta llega a su momento de fervor. Raspeo ruidosamente las camisas, la pareja llora, me raspeo en el lavadero... Ya son pedazos de paño lo que estoy fregando y los pájaros no paran, los siento en mí.

Pero nuestros instrumentos no soportan por mucho tiempo el furor de nuestro soplo. Nos despedazamos junto a ellos. Sin fuerzas para luchar contra nuestra cárcel, pasean ahora, fatigadas por el agua turbia, mis manos, pescando lo que resta de nosotros. Están aun más oscuras...

Quito el cierre del lavadero, canta la mudez de otrora, los destrozos burbujan y aguardo, resignada, hasta que todo se vacíe.



Viaje solitario

Jader Rodrigues da Silva

Bonifacio José Arquero vivía una vida muy tranquila en Monpós hasta cuando se quedó solo en el mundo. Es que su pequeña familia, compuesta de sus padres y de su joven mujer, Úrsula Sinlímites, murió de fiebre amarilla durante un viaje en el vapor que los llevaba a Cartagena de Indias.

Como el mundo del último descendiente de los Arquero estaba reducido a los límites de Monpós y como no sabía ni leer ni tampoco escribir, empezó a tener dificultades para administrar los negocios de la fábrica de dulces de banana heredada de sus padres. A él jamás le había encantado la idea de ir a la escuela, pero ahora o iba pronto o conocería la miseria y el hambre. Lo peor es que la única escuela existente en Monpós no aceptaba la presencia masculina.

Fue entonces que su imaginación encontró abrigo en el seno de la directora de la escuela, Profesora Eugenia Sinpundonor. Bonifacio José Arquero cambió su nombre y ropas. Era hombre durante el día, pero una dedicada alumna a la noche. Conoció las letras pronto y desde ese tiempo se vio envuelto en un nuevo mundo. Abandonó el nombre y las ropas femeninas, hizo viajes varios por el Caribe y al extranjero, amplió sus negocios y se hizo un rico empresario.

A pesar de la vejez, José Bonifacio Arquero echaba de menos a su querida Úrsula Sinlímites y mucho más aún a la simplicidad de su vida sin las letras y sin los compromisos administrativos de sus negocios. No conoció la miseria ni el hambre y, de lejos, gerenció su riqueza hasta sus últimos días de vida, imaginándose rico, sabio, pero sobre todo solitario.

Las vacaciones

Margarida M. A. L. Amaral

En mi niñez, por las vacaciones, íbamos a la hacienda de mi padre y sus dos hermanos, y cada uno llevaba a sus hijos: entre jóvenes y niños éramos casi treinta.

Había personas de todas las edades: los mayores, nuestros padres y tíos, los jóvenes y una gran cantidad de niños.

Era una casa muy grande y la escritora Raquel de Queiroz, nuestra prima, la denominó "la casa de las veintisiete puertas y ventanas". Había muchas habitaciones y en cada una se quedaba uno de los grupos divididos por el sexo y por la edad, excepto los niños que se quedaban juntos en una sólo habitación. Para nuestros padres había camas, pero todos los demás tenían que dormir en hamacas.

Cuando el día empezaba, bien temprano, también empezaba el alborozo para el desayuno, pues todos – los jóvenes y los niños – corrían para fuera de la casa para tomar leche caliente que era sacada de las tetas de las vacas para nuestros vasos. Nuestros padres se quedaban en casa, en una grande mesa, esperándonos, mientras un batallón de asistentas los servía.

Enseguida íbamos a bañarnos a un río de aguas limpias y tibias, que pasaba próximo a la casa. Nuestras madres iban juntas y cuidaban para que no hubiera ningún accidente, también llevaban frutas y agua y a cada momento nos llamaban para tomarlos, con miedo a que nos pusiéramos enfermos.

Después del almuerzo, los mayores echaban la siesta, las chicas jóvenes leían o cambiaban secretos unas con las otras, los hombrecitos hacían equipos de fútbol y otros juegos

que siempre terminaban en pelea, hasta que las voces altas despertaban a nuestros padres.

A los niños estaba prohibido salir de casa, entonces nos quedábamos en la terraza, un sitio grande y ventilado. Eran momentos maravillosos, en los que podríamos hacer lo que la imaginación permitía, pues era la hora de nuestra libertad, nadie nos vigilaba.

Por la noche, sillas y hamacas eran puestas en la terraza alumbrada por candiles, y a veces solo por la luna, y cantaban bellas canciones delante de un cielo descortinado de estrellas.

Cuando, por fin, las vacaciones terminaban, volvíamos con gran tristeza y haciendo muchos planes para el próximo encuentro, que hacíamos sólo una vez al año.



Los Cuates

Ana Lucia de Azevedo Pinto

— Oye, pinche buey, ino te me vayas a caer! Luego, ¿qué le digo a tu madre?

— Fíjate adelante, icabrón! Te vas a caer tú, por andar volteando a verme.

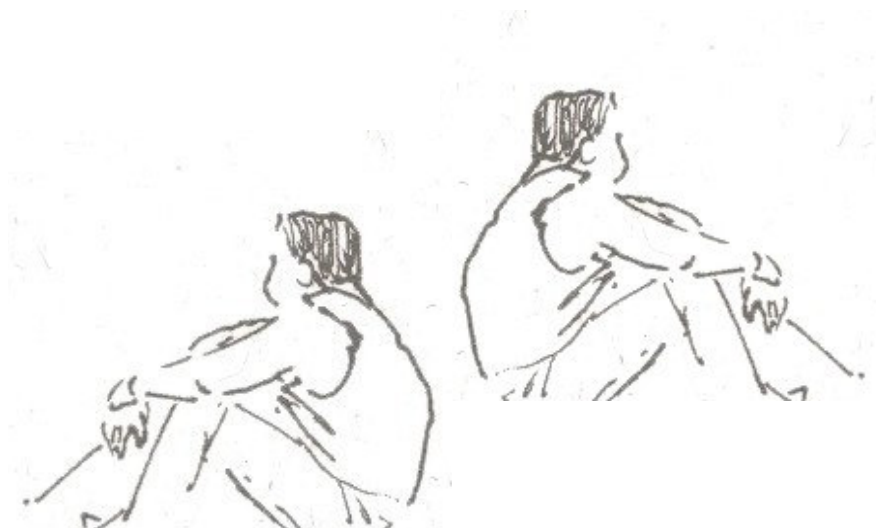
Así nos llevamos el Chory y yo; desde morritos. Nos conocimos en la Secundaria Gutiérrez, cuando me tocó en el salón luego de reprobar el primer año por segunda vez. Al inicio de la clase me pidió prestado un borrador y, para la hora del recreo, ya éramos cuates. El que viviéramos cercas no hizo más que facilitar la amistad a toda madre que trabamos desde entonces. En aquel tiempo, él era más fuerte y alto que yo y tomó por tarea defenderme en los pleitos de la raza, a la hora del recreo. Al año siguiente crecí y embarneí y nos emparejamos de tamaño, pero nunca se le quitó la maña de andarme cuidando. Ni después de que maté aquel chavalo en el asalto a los abarrotes de la calle Zaragoza. Qué temblorina me entró después del disparo... Volví a mis cabales con las sacudidelas y los gritos del Chory:

— ¡Segundo! ¡Despábilate hombre! A pelarnos antes de que vengan los polis.

Se pasaron como diez días antes de que se me borrara de los sueños la cara del muerto. Despertaba por las noches sudando a chorros, gritando y asustando a mi mamá que acabó por creer que yo tenía lombrices.

— Tiene razón tu vieja... Apenas no se ha dado cuenta de que las tienes, pero adentro de tu cabezota...

Ay, pero cómo nos la pasamos bien el Corrí y yo. Nos sentimos los dueños del mundo... Somos los dueños de nuestro mundo. Guerreros, cholos, terroristas. Niños que juegan, que matan y roban. Hermanos de sangre, surfistas del asfalto.



Foto

Ana Lucia de Azevedo Pinto

Chiquitos, tiernos, míos. Al verlos, el calor de mi corazón derrite el momento congelado en la foto, que se derrama en recuerdos que desbordan de mí, multiplicándose en otros, revueltos, inundando la memoria.

— Mamá... ¿el universo sería como es, si Dios no existiera?

Y ni quién me enseñara cómo prepararse una para contestar estas preguntas, disparadas a las siete de la mañana, por un chiquillo de cuatro años.

¿Y cuando creías, José, que yo era una sirena convertida en mujer al ser atrapada en la tarraya de tu padre, cuando pescaba camarón en los esteros de Teacapan? Me preguntaste sobre mis padres y te expliqué que tu verdadero abuelo era un bacalao y tu abuela una sardina. Me prometiste no delatarme; éramos cómplices en el secreto mágico de mi origen.

¡Ay, cómo te caías tú, Kikinha! Todavía en el aire, antes de tocar el piso, gritabas: ¡Daaado! ¿Te acuerdas, mi verdadera princesa, cuando amaneciste con la pestaña enchilada? Una vez, estaban hospedados en la casa Cristóbal y Mateo, tus guapos primos de la ciudad de México, que iban a dormir en tu habitación. A la hora de bañarte en la noche te pregunté cuál pijama te ponía y me contestaste, coqueta, que el máaaas rosita.

Con los deditos tomabas los micromachines, Marcelito, y los paseabas por los muebles mientras repetías concentrado la primera palabra que aprendistes: carrrooooo..... En nuestro mundo machista, ser hombre o ser mujer en tu cabecita se traducían en poder o no poder. Siguiendo esta

lógica, me preguntaste una vez, pidiéndome permiso para comerse una mandarina: __ ¿Soy hombre, mamá?

El tiempo pasa, ustedes crecen y los recuerdos inundan la memoria que es el bolso de donde salen pañuelitos de color anudados unos a los otros, jalados por los delicados dedos del mago.



Instrucciones para dormir bien

Margarida Amaral

(texto basado en *Historias de Cronopios y de Famas* de Julio Cotázar)

Cuando se hace de noche y tú llegas del trabajo, rendido por el cansancio, olvídate de todos los problemas del día y ve inmediatamente a ducharse. Deja que el agua caiga en tu cuerpo hasta que te sientas relajado.



Al salir del baño, vístete una ropa confortable y ve a comer un poco, pero no comas en demasía, prefiere una sopa leve y caliente con pedazos de pan y, si quieres, pon mantequilla, pero no lo hagas con abundancia para no perjudicar la salud.

Después de una cena frugal, toma una gran copa de vino tinto para que te quedes con las piernas débiles y la cabeza vacía. Sin embargo, no tomes café, pues te despejarás y perderás todo el relajamiento y en consecuencia te pondrás nervioso, irritable y no pegarás ojo por toda la noche.

Ve al salón, siéntate en tu silla predilecta y descansa un rato, puedes escoger un buen libro, ver la tele o aun leer un periódico. Permite que el sueño se acerque a ti hasta que no consigas más distinguir las letras del libro o periódico y que las imágenes de la tele se pongan nubladas. En este momento no pelees con el sueño. Levántate y ve a tu habitación, tírate en tu cama y abandónate en los brazos de Morfeo...

Instrucciones para despertarse temprano

Patrícia Mc Quade

Conozco la dificultad que todos tienen a la hora de despertarse temprano. Sé que los cinco minutos, no más, se vuelven en media, una hora pasada y no sentida en la cama, y que esto resulta en retraso en el trabajo o en la escuela. Conozco los inconvenientes de este tipo de suceso, el mal humor del jefe o de la directora o del profesor que no te espera, y de la caradura que tienes que ponerte pintada de un color medio rojo de vergüenza.

Para que no te quedes intimidado con este tipo de constreñimiento voy a enseñarte paso a paso mi receta de cómo puedes despertarte sin pérdida de tiempo.

Mientras suena el timbre del despertador es natural que te dé ganas de tirarlo contra la pared, pero, como eres civilizado, así lo creo, despiértate y da sólo una patadita en el aparato sin abrir los ojos para que suene nuevamente de aquí a cinco minutos. Este objeto es irritante pero necesario en tu día, no lo destruyas. Continúa este ratito en la cama todavía de ojos cerrados y, despacio, recuerda en medio a las ilusiones de los sueños que es día de trabajo, o de estudio, o de trabajo y estudio a la vez. A las siete en punto tienes que estar listo en el sitio adonde debes estar. Intenta, entonces, abrir los ojos, pero están pesados de sueño, intenta recordar los sueños que tuviste esta noche, pero no logras hacerlo - esto solamente pasa cuando menos se espera, cuando algún acontecimiento del día te tira a cara los recuerdos de tus sueños en la noche pasada. El despertador canta nuevamente. Los cinco minutos pasaron. Alarga ahora tus brazos y estira las piernas lentamente para despertarte. Así puedes tocar el despertador para que se calle. ¡Coraje hombre! ¿Continúa difícil abrir los ojos? Friégalos, estíralos,

alarga los párpados hacia arriba y después de tanta gimnasia ocular ábrelos forzosamente. Siéntate en la cama. Mira alrededor y reconoce tu habitación. ¿Los materiales que necesitas para el día ya están arreglados en la mesilla? Si no, apúrate. Llena tu pecho de coraje y ponte de pie. Haz un alargamiento ahora. En las puntas de los pies estira todo tu cuerpo hacia arriba. Intenta tocar los dedos en el techo y después en los dedos de los pies. Si no logras hacerlo, no te enojés contigo. Solamente la práctica nos lleva a la perfección. De ojos rojos paso a paso vete al baño. Saca tu pijama, abre la ducha y lava tus sueños con agua y jabón. El agua calentita termina el trabajo del despertador. La toalla suave da el cariño que tu cuerpo merece para enfrentar el día. Ahora estás listo para vestirte, desayunar, lavarte los dientes, rezar, dar un besito en tu hijo y ¿qué te pasa? ¿Por qué continúas ahí parado? ¡Vete al trabajo, hombre!



El trabajo y el tiempo

Simone Ferreira da Silva

Me desperté temprano, tomé mi desayuno y fui al trabajo como todos los días. En toda mi vida he trabajado mucho y casi no he tenido tiempo para el ocio, como charlar con los amigos, viajar con mi mujer y mis dos hijos, mirar el tiempo pasando en una plaza y llevar el perro a paseo.

En mi trabajo hay que tener mucha atención, pues de él depende la vida de muchas personas, sus horarios, sus trabajos y su seguridad. Los coches siempre me han gustado y por eso soy conductor de autobús, o sea que veo muchos coches todo el día. Mi mejor amigo, Juan, también es conductor, pero trabaja en otra empresa. Casi no lo veo, ya que trabajo mucho, tanto que ni me voy de vacaciones, las vendo y ahorro el dinero para que lo disfrute después, cuando tenga más tiempo y menos cuentas.

Hoy encontré a Juan, él cogió el autobús que yo conducía. Me invitó por la millonésima vez a ir a comer en su casa. Yo le dije que no podría, pero que luego yo tendría más tiempo para los amigos. –“Paco, Paco, ¿por qué siempre deja todo para después? ¡La vida es muy corta y tenemos que aprovechar cada minuto!”. Tenga calma Juan, luego voy a su casa, dije.

Mientras conducía el autobús charlamos mucho, ya que con el festivo el tráfico estaba tranquilo y había pocas personas en el autobús. Llegó donde bajaría Juan y yo le dije: ¡Hasta luego, Juan! Y él me dijo: “¡Espero que sí!”.

Trabajé muy tranquilo el resto del día, estaba muy contento por haber visto a mi amigo. Cuando llegué a mi casa, mi mujer estaba esperándome en la puerta, dijo que me habían llamado y dijo que Juan, mi mejor amigo, había sufrido un accidente de coche y se había muerto.

Ahora estoy en el velatorio de mi mejor amigo, mirando su ataúd de donde salen las palabras: ¿Por qué dejas todo para después? ¡La vida es muy corta y tenemos que aprovechar cada minuto!



Mi último viaje

Jader Rodrigues da Silva

Desde hace muchos años soy conductor de autobuses urbanos en Belo Horizonte. Trabajo entre doce y catorce horas, todos los días, de lunes a viernes. Mi actividad básica es hacer cinco viajes de ida y vuelta desde el Barrio "Maria Goretti" hasta el Conjunto Habitacional "Estrela Dalva". Ese recorrido tiene más de treinta kilómetros y un sinfín de paradas. A cada dos meses, los directores de la empresa para la cual trabajo cambian mi horario. A pesar de eso, cobro sólo el equivalente a ocho horas. Muchas veces me ordenan que trabaje también en los fines de semana, para sustituir a un compañero que se quedó enfermo.

Hoy es feriado, viernes santo. Estoy haciendo mi último viaje y hasta ahora no me dijeron si tendré que trabajar mañana o pasado mañana. Posiblemente ningún conductor se enfermó.

Como el tránsito está muy tranquilo, no me cansé mucho e incluso me vino a la cabeza la idea de hacer el cálculo de las horas extras que trabajé durante exactos treinta y cinco años.

Mientras conduzco despacio, leo un folleto gremial que me entregaron en la sede del sindicato y en el había el siguiente texto: "Según la ley brasileña, cualquier ciudadano puede jubilarse tras treinta y cinco años de contribución previdenciaria y nadie puede ser sometido a más de ocho horas de trabajo diario y cuarenta horas semanales. Si eso ocurre, el empleado tiene derecho a cobrar por las horas extras."



33

La ascensión de Cristo

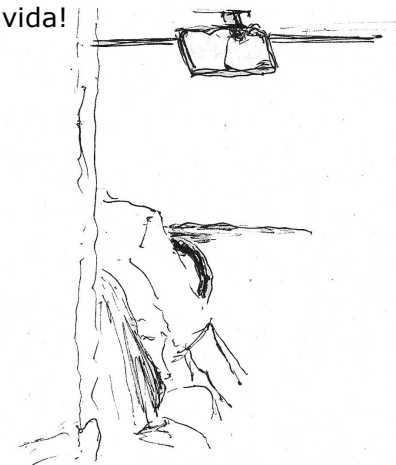
Douglas A. Castro

Debería sentirme desahogado hoy, pero no lo estoy. Quizás sea el día más raro de mi vida de conductor de autobús en Belo Horizonte en los últimos treinta años. Me parece que los sentimientos y emociones de la rutina seguirán conmigo por mucho tiempo...

He empezado a conducir a los veinte y eso siempre ha sido un sueño. Tenía en cuenta que transportar a las personas sería noble, de gran utilidad, que eso aumentaría mi valor como hombre que soy. Los años pasaban y la vida se volvía cada vez más rápida. Todos siempre apresurados, nerviosos. Entraban y salían del autobús como si estuvieran hipnotizados. No contestaban más mis "buenos días", "hola", sólo oía quejas, veía caras de mala uva.

A veces me veía como un objeto, no me sentía más un hombre lleno de amor por lo que me dedicaba. A lo mejor era un robot conductor, ¡sí!, como en las películas futuristas de Hollywood, sólo hacía lo que estaba programado. ¡Qué eficiente!

Todavía muchos sentimientos me perturban pero sólo una cosa me desahoga un poco: el hecho de saber que siempre habrá un robot nuevo para servir a los demás. ¡Qué bonita es la vida!



34

Encuentros

Maria Carmen de Oliveira



Hoy estoy muy contento. ¿Sabes aquel exacto día en que todo parece perfecto? Me levanté a las cinco de la mañana y fui a desayunar, pero no había mucho que comer, el mes está acabando y de mi sueldo no sobró un duro.

Vivo en un barrio muy pobre y en mi calle no

pasan vehículos, está llena de baches, casi se puede ver el centro de la Tierra... Caminé unos treinta minutos hasta llegar a la parada de autobús más cerca de mi casa. Cogí el bus y, una hora después, llegué a mi local de trabajo – retrasado – pero nadie dijo nada, soy el conductor más antiguo de la empresa.

Tengo sesenta y cinco años, soy conductor desde los veinticinco, y sólo hoy conseguí ver a los pasajeros. La mayoría es gente muy pobre, que coge el vehículo para ir a trabajar o a buscar empleo. Los ancianos con las fisionomías tristes, quizá a causa de las dificultades de la vida. Los niños sonrientes, van a escuela, soñando con días mejores...

Mientras voy pensando, me veo en medio a un gran embotellamiento. Los niños lloran: "Si no llego a la escuela, no tengo diploma y sigo pobre." Los viejos: "¡No creo!, si me retraso, no llego a tiempo de lograr una seña para la cola de la Seguridad Social." Los adultos: "Si tardo

mucho, mi jefe se enfada y me despide." Yo pienso: "Me encantaría poder estar aquí mañana..."

Después de dos horas, descubro el motivo de tanto lío en el tráfico: un político haciendo su propaganda para las próximas elecciones...

En el autobús

Ana Lucia de Azevedo Pinto



El sol todavía no calienta a las cinco de la mañana cuando le doy la vuelta a la llave y arranco mi autobús. El ronco grave y prolongado que produce se arrastra por las calles de mi ruta. Ha sido la música de fondo de gran parte de mis días, en los últimos años. ¿Sentiré alivio cuando ya no lo escuche o se habrá metido en mis sesos de manera irreversible?

A las pocas cuadras, como todos los días, sube puntual Doña Francisca con la sonrisa que nunca se le borra de la cara, aunque no sale a estas horas a paseo, sino a trabajar en casa ajena. Enseguida se suben Oscarito y su mamá, que lo deja en la escuela a camino de la oficina. Lo conocí bien chiquito, cuando lo cargaba en brazos. Ahora es un muchacho catrín que se me afigura que anda quedando bien con la niña que coge el autobús en la esquina de su casa. Al rato, hace señal en la calle el viejito de los dulces. Tiene un puesto de caramelos en la calle del mercado. Su cara arrugada, su cuerpo flaco y su mirada amargada nunca me parecieron adecuados a su profesión, sin embargo es educado y siempre saluda a los demás pasajeros. Estos entran y salen. A unos los veo todos los días, son personajes en la historia de mi vida. A otros, nunca los volveré a mirar; son simples figurantes.

¿Los extrañaré, me extrañarán mañana, cuando no sea ya su ruta, la mía?

La máquina del tiempo

Jader Rodrigues da Silva

Finalmente puedo anunciarle a la humanidad la descubierta de la máquina del tiempo. Ese sueño común imaginado desde hace siglos por miles de científicos ahora es realidad inapelable. ¡Que la humanidad tenga ahora nuevos sueños, pero respecto a qué hacer con ese maravilloso instrumento!

Infelizmente no puedo tornar público todo el proceso inventivo. Si lo hiciera, podría arriesgarme a no quedarme rico a partir de la producción en escala industrial de mi máquina. Por otro lado, y también para satisfacer la curiosidad de los hombres, así como para provocarles envidia a los demás científicos, voy a dejar algunas huellas que les permitirán a los lectores tener una muy pequeña idea de mi capacidad intelectual.

En primer lugar, creo que es absolutamente necesario aclarar una cosa muy importante: no soy adepto a la ficción. Para mí, el mundo imaginario es obra de la pereza física y moral.

Todo empezó cuando cumplí mis 75 años. Me quedaba viejo día tras día y eso no me gustaba nada. Imaginen el simple acto de tocarse a cada momento para poder sentir el estrago que el tiempo hizo en su piel. Me sentía como si tocara la cáscara de un maracuyá maduro. Mis ojos no más veían las cosas como antes, así como mis oídos no más escuchaban perfectamente como deseaba. Me dolían los huesos de todo el cuerpo. Una simple caminata era imposible y ningún tratamiento medicinal me traía aliento. Imaginen ustedes cómo me sentía cuando veía a una bella morocha paseando en la plaza al lado de mi casa. Les hablo de ese tipo de morocha brasileña con sus típicas falditas muy cortitas. Era

una tortura moral, pues no me veía más como un hombre. Resumiendo, el suicidio era una cuestión de días.

Así, empecé a planear mi muerte. Hice una lista con las diversas maneras de acabar con mi vida, pero no quería que a nadie le pasara la idea que yo me había suicidado. Había sido un hombre bastante valeroso hasta aquel entonces y quería continuar siendo hasta mi muerte. Debido al descontentamiento que me invadía todo el espíritu, pasé a vivir los días en el sótano de mi casa, en donde funcionaba la lavandería. A la noche, después de un gran esfuerzo, subía las escaleras que me llevaban a la casa real, donde me acostaba y leía los periódicos antes de dormir.

No sabía que estaba cerca de la solución de mi problema, pero seguía con el plan de suicidarme. Un día, no más tuve ganas de subir las escaleras y simplemente decidí pasar no sólo los días, sino las noches también en el desván. Dormía acostado sobre la mesa al lado de la lavadora. Para poner fin a la monotonía, me tomaba algunas copas de algunos vinos y prendía la lavadora para que con el sonido de su funcionamiento pudiera dormir mejor. Como la máquina era transparente, me dormía rápidamente mirando su movimiento circular. No siempre cerraba la máquina. Por eso, en un una noche, me resbalé y me caí en ella. Su tapa se cerró enseguida y yo me vi en medio a un millón de burbujas, circulando a fuerza en el sentido del reloj. En mi sueño yo estaba muriendo ahogado y masacrado; en realidad yo me ahogaba y la máquina me masacraba. Sin embargo, después de encerrar su ciclo de funcionamiento de casi dos horas, la lavadora me escupió al suelo con brusquedad.

En ese entonces, mis fuerzas físicas, morales y sexuales ya eran distintas de las con que convivía hacía décadas. Sin embargo, no salí del desván durante semanas y repetí la operación algunas veces más hasta sentirme un joven de 25

años. No continué el plan porque el vino se había acabado y sin él y otros detalles esenciales, casi me maté, de hecho, al entrar en la lavadora la última vez.

Sería una estupidez imaginar que mi máquina del tiempo es lo mismo que una lavadora cualquiera, seguida de unas copas de vinos muy especiales. El proceso es todo una complejidad matemática inaccesible al hombre común e incluso a los grandes investigadores. Les diría que trabajé en él exactos 50 años, siempre perfeccionándolo para que ustedes pudieran obtener éxito ya en la primera tentativa. Hoy tengo 125 años, pero la realidad me presenta a la sociedad como un muchacho de 25 años. No necesito trabajar, una vez que me jubilé hace tiempo. Tengo todo el día libre para pasear en la plaza al lado de mi casa y me siento hombre nuevamente. Mis máquinas, las mesas, las lavadoras, las copas y los vinos especiales ya están a la venta a partir de hoy en los principales supermercados de la ciudad.¹ ¿Qué están esperando ustedes?



¹ Todos materiales son desechables y aseguran sólo un año de rejuvenecimiento.

El empollar

Josiane de Fátima Souza

Todos los días se ponía de pie bien temprano y empezaba a leerlos uno a uno. Siempre encontraba fría una palabra u otra y, como a una gallina, calentaba más y más a sus *pollitos*. El pobre siempre los creía huevos aunque sus cuellos se mostrasen listos para anunciar las mañanas. Los bichitos se mantenían ardientes en la oscuridad forzada que les obligaba el hombre.

Pero llegó el día en que las cáscaras se reventaron como estrías en la piel. Yendo una mañana a su computadora, como siempre, el papá la encendió como a una oración para pasar sus archivos en la punta de la lengua. Conectó los hilos del aparato, encendió el monitor y abrió las puertas del corral donde se acostaban, de ojos abiertos, los *pollitos*. Abrió los archivos uno a uno, los puso en fila y como a una celosa madre a peinar sus hijos, empezó la lectura sagrada.

Estaba en las primeras páginas de la novela cuando los archivos abrieron todos al mismo tiempo, turbando la pantalla con una eclosión de palabras que irrumpían como un ardiente volcán. Le inundó una orquesta de píos, murmullos, roncós, y un gran vocerío invadió sus oídos. Las aves le cayeron todas de una vez, lo tiraron al suelo y le fueron encima con picos y gritos. El hombre intentó huir rastreándose, pero la puerta del corral se había trabado con los soles saliendo de todas partes. Surgían sus gordos pollos de todas las direcciones, atacándolo, arrancando pedazos de su piel con los calientes picos que le metían. Tiempos después ya estaba abierto, destrozado, minando, cambiando de forma ante las luces de los varios soles que lo clareaban desde todos los lados.

Al ver a su padre revirado en el suelo, los pollos desplegaron sus alas enormes, las movieron e hicieron viento

caliente, como helicópteros, por encima del cuerpo. Lo dejaron allí y alzaron vuelo, sedientas y sin dirección, saltando todas las vallas que circundaban la casita de su papá.



El científico

Ana Lucia de Azevedo Pinto
Salvino d' Armato

Muy señor mío;

El texto que sigue es la versión actualizada de un pergamino de cuero, sellado en plomo y escrito en español medieval. El contenido del documento, el lenguaje empleado y el diseño del sello me hacen suponer que fue escrito en siglo XIII por un monje franciscano a su superior. Encontré ese manuscrito detrás del retablo central del Convento Franciscano de Huejotzingo, cerca de la Ciudad de México, donde realizaba trabajos de restauración. Tengo en mi poder el pergamino original.

Al Reverendísimo Cardenal Hugo Provenza,

Quiero poner en manos de Vuestra Excelencia y al abrigo de vuestro prudentísimo nombre, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, las descubiertas que he hecho, después de haberme interesado por las teorías del físico árabe Al-Hazen, que vivió en Basra, en el año 1000 de la encarnación del Señor.

Este sabio se dedicó al estudio de los fenómenos de la luz, la óptica, ciencia que además de bella, es indispensable para el conocimiento de otras ciencias. En su tratado, Al-Hazen considera que los rayos luminosos van del objeto al ojo, contrariando la creencia que teníamos los estudiosos cristianos, de que la luz procedía del ojo. Profundizando en mis investigaciones, me dediqué al estudio del manuscrito hebreo Sepher Yetzrah, en el cual el sabio Sabbetei describe una piedra que hace más poderosa la luz, a punto de encender el fuego con ella. Piedras semejantes eran utilizadas

en la corte de Kublai Khan, según los relatos del mercader italiano Marco Polo.

En la isla de Murano, en Italia, aprendí la técnica secreta de la fabricación del cristal, piedra semejante al cristal de roca. Fueron los fenicios que iniciaron la producción de esas piedras, compuestas de una mezcla de calcio, cal y potasio sometida al fuego. Las piedras fenicias eran opacas y arenosas, mientras los artesanos de Murano lograron en el cristal una transparencia asombrosa.

Dando continuidad a mis estudios, me dediqué al pulimento de esas piedras y pude observar que cuando miraba a través de las de forma convexa, veía los objetos como si los tuviera más cerca de mí. También comprobé que, colocando esas piedras sobre un manuscrito, las letras se veían más grandes. Dando curso a mis ideas e inspirado en el deseo de servir a mi prójimo, fabriqué dos piedras convexas iguales, las engarcé en una montura de madera, obteniendo, así, un artefacto que se puede colocar muy cómodamente sobre la nariz y que permite, al que lo lleve puesto, ver con mucha más facilidad y precisión que si no lo trajera encima.

Vuestra Reverendísima, en su sabiduría, ha de percibir la importancia de este artefacto dador de visión. Así ruego me reciba en Vuestra presencia para que Vuestra Reverendísima vea mi descubierta y me someta a los designios de Vuestra prudencia.

En testimonio de verdad, yo, Salvino d'Armato, siervo de los siervos de Dios, hice aquí este mi signo.



El peso de la obra

(Josiane de Fátima Souza)
Rubiano Simón²

Gracias a los estudios en la Neuro-Paranormalia que, secretamente, desde 1660, busca probar científicamente la existencia de seres y fuerzas sobrenaturales en la vida humana, descubrimos que el porcentaje de *1% inspiración y 99% transpiración*, tan común en las bocas de la modernidad poética, es totalmente equivocada. Traemos ahora al conocimiento de todos que las nueve míticas hijas del dios Zeus y Mnemosina no eran imaginación de los pensadores de la Grecia y Roma clásicas; ellas son realmente las grandes responsables por toda la magnitud de la creatividad intelectual.

La presencia de sustancias catárticas, las *IM's* (Inspiración por las Musas), fueron identificadas por primera vez en 1930, por Nicolás Bremén, en la sangre de agujas abandonadas por poetas drogadictos, que acababan de producir un poema. Solo veinte años después, con los estudios del CEMI (Centro de Estudios de las Musas Inspiradoras), descubrimos que las *IM's* se comportan como hormonas del tipo Adrenalina y Serotonina, que son despertadas por estímulos externos. La diferencia es que las *IM's* no poseen carbono en su estructura molecular, un hecho increíble y que prueba su procedencia inorgánica. El gran desafío nuestro ha sido siempre comprobar nuestra tesis de que las *IM's* eran enviadas al escritor por la visita de las *Musas*.

Después de muchos tests con escritores de quinta categoría, nuestros ratones de laboratorio, detectamos que en los raros momentos de sus "creaciones" sus masas cefálicas

presentaban un aumento de pocos miligramos. Con una poderosa tecnología de ultrasonido, especialmente desarrollada por nuestro equipo, pudimos, finalmente, atribuir el aumento de las masas cefálicas a la presencia de las ninfas, que eran vislumbradas flotando, aunque muy pequeñas, en las cabezas de los "ratones".

Aún así, para que nuestro descubrimiento fuera definitivamente respaldado por la comunidad científica, teníamos que hacer tests con "seres reales". Invitamos, por eso, a participar de algunos tests, el gran escritor de América Latina en la actualidad, Ricardo Piglia, que aceptó amablemente nuestra invitación justamente por creer todo eso una gran locura. Lo vigilamos veinticuatro horas al día a lo largo de meses y, conforme esperábamos, nuestros censores neuroparanormálicos registraron varias veces, a lo largo de esos meses, el momento exacto de la llegada de la *Musa*. En tiempos decisivos de la escritura de *El último lector*, su libro de ensayos literarios, se registró un aumento en la masa cefálica de hasta 600 miligramos, siendo que la imagen registrada por el ultrasonido nos daba la imagen de una *Musa* de porte nunca visto. Días después de escribir importantes páginas de esa obra, exámenes de sangre comprobaron la presencia en gran cantidad de *IM's* en su corriente sanguínea.

Después del test con un escritor y crítico literario renombrado, que se ha puesto a la disposición para entrevistas, nuestra descubierta queda confirmada. Los estudios siguen, todavía, en la filosofía, historia y lenguajes artísticos variados y en el futuro creemos ser posible listar todas las Musas, sus pesos y hasta las del tipo *maligno*.

En el momento, "infelizmente", sentimos informarles que toda la trayectoria de la teoría literaria tendrá que tomar nuevos rumbos ahora que se confirmó que los grandes escritores escribieron sus obras bajo una experiencia mística.

² Científico, creador del CEMI - 'Centro de Estudios Científicos de las Musas Inspiradoras'.

Nuestro equipo se encuentra a la disposición de escritores que aún no pueden creer que sus obras sean enviadas por *ellas*. Por fin, declaramos que el porcentaje del *1% inspiración* y *99% transpiración* es una gran burla; el *sudor* y *labor* son adornos falsos en la creatividad intelectual de los hombres ya que ella se hace más fácilmente de lo que imaginábamos...

Equipe de seleção dos textos

Alessandra da Silveira Santana
Ana Lucia da Silva
Ana Lucia de Azevedo Pinto
Ana Paula da Silva Rodrigues
Angelli de Castro da Silva
Claudete Cunha
Douglas Antônio de Castro Salvador
Eduardo José Florêncio Mari
Elaine Clélia Patrício
Eliane Magda de Oliveira Costa
Graziele Alves Ferreira
Jader Rodrigues da Silva
Josiane de Fátima Souza
Juliana Vasconcelos Barcelos
Leonardo Hortmann Barcala
Marcelo Fonseca Martuchele
Margarida Maria Alves de Lima Amaral
Maria Carmen de Oliveira
Marina Gontijo Santos Teixeira
Melanny de Castro Ribeiro
Miriam Carla Lemos
Mônica Emmanuelle Ferreira de Carvalho
Patrícia Mc Quade
Priscilla Iacomini Felipe
Rafaela Cristina Leal Meireles
Renata Passos Freire Ferreira
Renilde Silveira de Souza
Rosilaine Ferreira Gomes
Simone Ferreira da Silva
Thatiana Vasconcelos Barcelos
Vanderlucia Aparecida da Costa



v
v v
v v
viva voz